

Tu misericordia, camino de solidaridad

familia lanteriana 2010

Caminar en comunión, año tras año, nos invita a dar pasos de comprensión mutua, de solidaridades y encuentros cada vez más cristianos.

Este itinerario que nos proponemos, en continuidad con los anteriores, quiere nuevamente situarse en la marcha del pueblo de la primera alianza. Es el ícono de estos cuatro años: el éxodo y sus experiencias más íntimas.

Este año, en particular, queremos contemplar una tonalidad de esta obra: el lamento y la desilusión del pueblo en el desierto, el deseo de volver atrás, la angustia por la pérdida de seguridades atadas a un presente sin ningún futuro, su cansancio y heridas, el desengaño y sus pobreza.

Contemplando al pueblo hebreo, Ex 16.1-36, nos estremece y cuestiona el estilo misericordioso del Señor para con un pueblo que vive una situación de estrechez, desaliento y tentación. Por eso, nos sentimos invitados a adoptar ese mismo estilo, encarnado en el Señor Jesús, haciendo de la **misericordia** no un acto aislado, sino una actitud **solidaria**.

A lo largo de este año, hasta la pascua del 2011, el eje transversal será *la palabra y la solidaridad*.

Deseamos que también ustedes puedan encontrarse una vez más con el Señor Jesús así como nos hemos encontrado nosotros en la palabra compartida y en la comunión fraterna.

1- Solidaridad

con los heridos al costado del camino

El primer texto bíblico que nos convocó fue una parábola. Nos hizo bien descubrir el proceso para distinguir ante la lástima pues presenta la misericordia como motivo final. Por otra parte nos llevó una vez más hasta el fundador, el padre Bruno Lanteri. En este relato creemos que se interioriza el dolor ajeno como lugar teológico y se restaura la imagen del hombre y de Dios desde el amor. Seremos salvados por la misericordia más que por la fe.

La parábola dice así:

Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: "Cúidalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver" (cfr Lc 10, 30-35).

El samaritano se conmueve frente a un semejante. Los otros dos transeúntes, tal vez, hubieran ayudado si lograban descubrir en el herido -¡reduciendo el horizonte!- a alguien "igual" que ellos. El

sacerdote y el levita no pudieron darse cuenta que el hombre *medio muerto* también estaba *medio vivo*. El samaritano sí reconoce en el herido a un prójimo, más allá de su credo o de su origen y socorre no a causa de ser dueño de *más* recursos sino porque siente *más* compasión.

¿Quién es el herido? No tiene nacionalidad ni rasgos definidos, sólo un origen y un destino común a todos. Los ladrones y salteadores se tomaron tiempo suficiente para lastimarlo y herirlo. Y tal vez por eso el samaritano deba tomarse el tiempo necesario con aquél hombre. Con todo, a veces parece que es más rápido lastimar a la gente que ayudarla. Por su parte, también el hombre medio muerto nos enseña que en ocasiones difíciles nuestra vida depende de la ayuda, de la capacidad de dejarnos socorrer.

El ser humano cabal es el que se conmueve, se conduele y comparte. Es aquel que pasa de “tener” misericordia a “ser” misericordioso. Porque la misericordia es un trabajo lento y paciente. Y el samaritano tuvo que detenerse, parar su reloj. “Tener tiempo” y “ser misericordioso” son dos expresiones del mismo amor. Es hora de mirar obras y estructuras de caridad a la luz del *principio-misericordia* y revisar si seguimos pasando de largo o si realmente nos detuvimos junto a los heridos del borde del camino.

Conocemos perfectamente situaciones de “anti-misericordia” creadas por el sistema en el que vivimos, que piden acciones concretas de anuncio y denuncia. Entre ellas, las políticas que “ayudan” creando pobreza con tal de continuar ayudando. Lo que está sucediendo en Haití por estos días es una parábola elocuente de un caído al borde del camino de nuestro mundo. También, entre nosotros, hay muchos que piensan -y así lo expresan- que todos los pobres lo son por pereza. En algún caso será cierto, pero esa generalización es una falta de comprensión de la realidad, un prejuicio que expulsa a un vasto sector de personas.

La anti-misericordia -esa que lastima, estigmatiza e ignora- es impositiva y fuerte. Su propuesta insistente nos impele a ser también nosotros anti-misericordia como una forma legítima de subsistencia y de mayor seguridad. La misericordia es el punto común para todo y para todos, incluso contra la violencia social que nos lleva a pelear por nada.

Para educar en la misericordia necesitamos conocer los sentimientos profundos de la humanidad, las pobreza más hondas, que son nuestras mismas pobreza.

2- Solidaridad

que nace del propio sufrimiento

El Antiguo Testamento es promesa que se cumple en la coherencia de Jesús. El Señor no corre detrás del cumplimiento de todo lo que está escrito, sino que sencillamente es coherente con su vocación: de esa manera no sólo lee la historia de su pueblo sino que realiza en sí lo que esa historia ansiaba.

El texto, esta vez, es un poema:

*Sí, mi Servidor triunfará:
¿Quién creyó lo que nosotros hemos oído
y a quién se le reveló el brazo del Señor?
Él creció como un retoño en su presencia,
como una raíz que brota de una tierra árida,
sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas,
sin un aspecto que pudiera agradarnos.
Despreciado, desechado por los hombres,
abrumado de dolores y habituado al sufrimiento,
como alguien ante quien se aparta el rostro,
tan despreciado, que lo tuvimos por nada.
Pero él soportaba nuestros sufrimientos
y cargaba con nuestras dolencias,
y nosotros lo considerábamos golpeado,
herido por Dios y humillado.
Él fue traspasado por nuestras rebeldías
y triturado por nuestras iniquidades.
El castigo que nos da la paz recayó sobre él
y por sus heridas fuimos sanados (cfr Is 52,13 – 53,12).*

Jesús muere por ser coherente. Coherencia, en Jesús, se dice de muchos modos. De hecho muchas veces nos cuesta comprenderla en nuestro proceso vital, tal vez a causa de la complicidad con nuestra propia estupidez.

Pero Jesús está comprometido con el hombre lastimado y herido. Jesús no vive la misericordia por motivos apologéticos o para suscitar la adherencia a la fe. De hecho se enfrenta con toda su energía a las fuerzas deshumanizadoras, entregando la vida sin perderla ni perder a los suyos.

Hay una belleza que se esconde en el rostro de quien carga con el pecado del otro, con la sensación de condena o de fracaso que siente mucha gente. Por eso, para liberar la mirada de condicionamientos, Jesús se hace condena, solidariamente. No ofrece fórmulas ni se esconde detrás de ningún rito, aún sabiendo que la aceptación del sufrimiento conlleva escándalo por la expectativa frustrada de sus creyentes. ¿Cómo nos interpela esta actitud?

Hoy vivimos una cultura de la solidaridad y reconocemos que son muchos los que ayudan, pero no tantos los que se compadecen y comprometen con el otro.

Hoy descubrimos también como areópago de evangelización el sufrimiento cargado de desesperanza e injusticia. Para eso la Iglesia -¡los cristianos!- debemos descentrarnos, abandonar la

autorreferencialidad y ponernos al servicio. Porque Dios habla desde el sufrimiento y la necesidad y allí mismo confirma vocacionalmente. ¿Cuál es, entonces, el lugar de la Iglesia?

Y nosotros, ¿cómo estamos entregando la vida? El servidor carga con la persona toda y no por lo que la persona nos pueda dar. El Señor vive el dolor desde la aceptación escandalosa y no desde una ascética de faquires. Su fracaso es luz, nunca catástrofe. En el fracaso hay una mirada nueva de libertad. Y por eso mismo se nos pide narrar el dolor humano sin esconderlo ni mucho menos pasar por él superficialmente porque Jesús lo hace cruz libremente.

3- Solidaridad

que brota de experimentar nuestra radical igualdad con todas las personas

Nos detuvimos esta vez un tiempo suficiente en “lo sacerdotal”. No sólo por la invitación de la Iglesia en el Año Sacerdotal, sino para ampliar un poco más nuestra mirada, para comprender un poco mejor que la Iglesia toda es sacerdotal y no sólo un grupo de hombres que ejercen el ministerio.

Esta vez, el texto es de la carta a los Hebreos:

Y ya que tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un Sumo Sacerdote insigne que penetró en el cielo, permanezcamos firmes en la confesión de nuestra fe. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades; al contrario, él fue sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado. Vayamos, entonces, confiadamente al trono de la gracia, a fin de obtener misericordia y alcanzar la gracia de un auxilio oportuno (cfr Hb 4,14 – 5,10).

La misericordia como principio vital es lo que movió a Dios a la Encarnación hasta las últimas consecuencias. Y esto mismo nos mueve también a nosotros a ser misericordiosos, a encarnarnos, a llevar el peso de los otros. La misericordia es capaz de transformarnos. Recordemos aquello del padre Lanteri: *“me colgaría de su cuello si supiese que hay alguien que aún no conoce la misericordia de Dios...”*

Pero es necesario saber distinguir entre misericordia y “papanoelismo”, es decir, ese constante dar por puro protagonismo capaz de aniquilar al hermano. Para poder comprender la fuerza transformadora del sacerdocio del Señor hay que huir de todo espíritu intimista, evitar dualismos y extremismos.

La Iglesia no es sacerdotal porque tiene sacerdotes, sino porque acerca a Dios. Para eso *también* tiene sacerdotes. Pero el servicio sacerdotal puede fracasar. El desmoronamiento de la imagen del sacerdocio en Irlanda -por mencionar sólo un caso- es un ejemplo del fracaso. Sin embargo, la salvación ocurre cuando tiene que ocurrir y un buen “termómetro” que nos dice dónde está ocurriendo es la oración y petición de nuestra gente.

El sacerdocio se hace fecundo en la entrega, en medio de contextos rotos que provocan *dolores difíciles*: las pérdidas, el malestar, los maltratos. Por eso necesitamos de una pastoral que busca y rescata a la persona, porque Dios encuentra a la víctima del dolor y también al victimario (Pablo, Zaqueo). Creemos, también, en una pastoral que va en nombre del Señor y en ese nombre celebra.

Ahora bien, caer en simpatía no necesariamente significa acercar a Dios. De hecho nos preguntamos si en verdad llevamos al hermano *a sentirse más cerca de Dios o simplemente a sentirse bien*. Hay veces que, en vez de acercar a Dios, acercamos sólo una idea de Dios que parte de la propia subjetividad.

¿Qué Dios muestra el sacerdote?, ¿Por qué es comparado tantas veces con Dios o se lo considera más cercano a él? Hay estilos sacerdotales que nos llenan de reglas, normativas y condicionamientos que, en definitiva, nos alejan la mirada de los heridos del camino. Mientras tanto, los hermanos simplemente nos piden que seamos cada vez más humanos, libres y creativos.

Los hijos de Lanteri nos sentimos desafiados a transformar estructuras apostando a la renovación del hombre que las crea.

Tal vez, como expresión personal de este modelo pastoral, este año los oblatos volvemos la mirada al padre Nicolás Bussetti. Vino a la Argentina, a la parroquia de San Ignacio, en Córdoba, porque quería servir en la comunidad más pobre de la Congregación. Y todos guardamos de él, sobre todo en su ancianidad en Villa Udaondo, el recuerdo del padre tierno y que siempre nos perdonaba.

4- Solidaridad

del que acompaña

Finalmente, la palabra nos invita a caminar junto a los hermanos. El relato de Emaús tiene vínculos muy estrechos con aquél otro del herido al costado del camino, pues vuelve sobre las actitudes propias de quien supo acercarse.

Dice así:

Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». Él entró y se quedó con ellos. Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?». En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: «Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!». Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (cfr Lc 24, 13-35).

Jesús invita a los discípulos a contar la historia y sus angustias; no sólo la historia sino también la angustia que ella les produce y, desde allí, les explica las Escrituras. Lo reconocen en un gesto y no en una fisonomía. *Partir el pan* es un hecho histórico y el relato insiste en la historicidad del gesto tal vez para que la Iglesia no se olvide de la historia.

El relato de los dos discípulos que están dejando la comunidad tiene resonancias también con aquella experiencia de Jesús al concluir el discurso del pan de vida: *¿ustedes también quieren irse?* Y sin embargo, una vez más reconocemos que la propuesta es detenernos y acercarnos.

Si la misericordia es consecuente hasta el final nos configura. La misericordia tiene que ver con la inclusión, aunque a veces la Iglesia se vuelva excluyente y los pastores se tornen exquisitos.

La tentación puede estar en esperar estar sanos para salir al encuentro de los otros, poniendo excesivamente la mirada en nuestras propias heridas olvidando que somos sanados mientras caminamos junto al hermano herido.

También reconocemos que la propuesta no es fácil y que necesitamos convertirnos a la lógica del Señor que apuesta al amor aún cuando es aguijoneado por el dolor de la incomprensión. Sabemos que Jesús jamás nos dijo que vivir en clave cristiana iba a ser fácil: *quien quiera seguirme, que tome su cruz y me siga.*

El desafío consiste en saber acompañar al hermano en el camino de la vida, sin imposiciones inútiles; ser compañeros de camino sin andar buscando éxitos, sino más bien “victorias” que integren la experiencia del fracaso; de lo contrario hasta podemos atentar contra la misma comunidad.

Finalmente, hay una cuestión que nos interpela: esta Iglesia sacerdotal es una mediación. Dios se acerca no personalmente, sino a través de una comunidad sensible a las heridas en el mundo,

especialmente a los pobres que sienten que Dios se aproxima a ellos a través de este servicio. Más que milagros se nos piden signos. Y la Iglesia no puede ser insensible a cualquier ámbito necesitado de salvación.

En el signo del pan hay una trama de solidaridades que invitan a la apertura y al descubrimiento de lo que sucede a medida que los hechos se desencadenan. Elaborar un proyecto de provincia, que tenga como centro al pobre y necesitado, puede ser un modo de imprimir rumbo a nuestras comunidades y una propuesta esperanzadora cuando muchas esperanzas se desvanecen.

Salmo

Quiero entregarte, Señor,
un salmo hecho de sonrisas y de ruidos en la panza.
Un salmo de confianza y de años transcurridos.

Quiero entregarte, Señor,
un salmo hecho de fraternidad y de alegría.
Un salmo de diálogo y un salmo para acompañar.

Quiero entregarte, Señor,
un salmo hecho de la propia historia y de heridas asumidas.
Un salmo hecho de humanidad y de la cotidianeidad más absoluta.

Quiero entregarte, Señor,
un salmo hecho de solidaridad y de justicia.
Un salmo hecho de misericordia y amor a las personas.

Quiero entregarte, Señor,
un salmo hecho de aire fresco y de sonidos de la naturaleza.
Un salmo hecho de palabras tuyas y de nuestras historias entrelazadas.

Queremos entregarte, Señor,
una alabanza hecha de consuelo y buen humor.
Una alabanza hecha de todo lo que sentimos
cuando nos reunimos como hermanos en tu nombre,
dándole cauce al deseo de dejarnos rezar, dialogar, enseñar e inspirar por vos.

Amén.